

## CAPITULO IV

### ESTUDIOS DE SAN IGNACIO

SUMARIO: 1. En 1524 empieza Ignacio á estudiar en Barcelona.—2. Tentaciones y tribulaciones que le estorban el estudio.—3. En 1526 va á estudiar en Alcalá.—4. Procesos que allí le forman.—5. San Ignacio en Salamanca.—6. Á principios de 1528 pasa á París.—7. Apuros económicos en esta ciudad.—8. Serie de estudios que allí hizo.—9. Obligado á venir á España, interrumpe la teología.—10. Intenta continuarla en Bolonia, pero se lo impide su falta de salud.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Láinez, *Carta al P. Polanco*.—2. Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. V, VI y VII.—3. Polanco, *Via P. Ign.*, c. V, VI et VII.—4. Nadal, *Miscellanea de regulis*, S. J.—5. Ribadeneira, *Vida de S. Ign.*, l. I, c. XIII y siguientes.—6. *Cartas de S. Ignacio*.—7. *Procesos de Alcalá contra Ignacio*.—8. *Procesos de beatificación*.—9. *Constituciones*.

1. Era la Cuaresma del año 1524, y terminada felizmente su trabajosa peregrinación á Jerusalén, desembarcaba San Ignacio en Barcelona (1). ¿Qué había de hacer en lo restante de su vida? La idea de buscar la mayor gloria de Dios y de reunir gente para procurarla, contribuyendo cuanto pudiese á la salvación de las almas, ya estaba fija en su mente, desde el retiro de Manresa. Mas para trabajar con fruto en el bien espiritual de los prójimos, era necesario el auxilio de la ciencia sagrada, pues aunque la inspiración del Altísimo había ilustrado con luces admirables la mente de Ignacio, no quiso Dios dispensarle del trabajo ordinario de los estudios, obligándole de paso á experimentar las penalidades que ellos imponen, para que más adelante, amaestrado por la experiencia, pudiese legislar prudentemente acerca de este punto de nuestro Instituto. Trató, pues, de emprender la carrera eclesiástica á los treinta y tres años de su edad (2).

(1) Cámara, *Ibid.*, c. v.

(2) Así Láinez, *Carta á Polanco*, como Polanco *Vita P. Ign.*, p. 25, insinúan que Ignacio empezó á estudiar la gramática en Barcelona, antes de partirse para Jerusalén; pero esto parece un *lapsus memoriae*, pues el P. Cámara y todos los demás autores ponen el hecho después de la romería.

Entre varias personas que le habían conocido algo en Barcelona, cuando el año anterior había salido para Tierra Santa, distinguióse una piadosa señora, llamada Isabel Rosell (1), que favoreció con limosnas al santo, y en cambio recibió de éste saludables consejos, con los que se aprovechó notablemente en el espíritu. Con esta señora y con un maestro de latín, llamado Ardebalo, consultó nuestro santo Padre (2) el pensamiento que tenía de estudiar. Ambos aprobaron su propósito: el maestro se ofreció á enseñarle gratis la gramática, y la señora Isabel á socorrerle con sus limosnas mientras viviese en Barcelona. También le favoreció con su caridad la piadosa Inés Pascual, quien continuó en Barcelona los buenos oficios que había empezado á ejercitar con Ignacio en Manresa. Aceptados estos caritativos ofrecimientos, puso el santo manos á la obra. Al mismo tiempo, sintiéndose mejor de salud en Barcelona, acordó tornar al rigor de las penitencias, en las cuales había aflojado algo, parte por los dolores de estómago que desde la enfermedad de Manresa le molestaban, parte por los trabajos de la peregrinación. Se había puesto antes zapatos, pero ahora les cortó las suelas, quedándose con las cubiertas de ellos; comía muy parcamente, y vestía con suma pobreza, aunque no juzgó oportuno volver al antiguo saco de Manresa (3). Rogábale la piadosa Inés Pascual que no se maltratase tanto y que comiese algo mejor; pero no sabemos que consiguiese nada, aunque para esto quiso la buena señora interponer la autoridad del confesor de Ignacio (4).

2. No fué el exceso de las penitencias lo que le impidió principalmente el aprovechar entonces en el estudio. Acometióle el demonio con una tentación muy original, y fué que, apenas tomaba la gramática en la mano, le sobrevénía tal golpe de pensamientos espirituales, de ideas devotas, de dulzura y suavidad interior, que se olvidaba por completo del estudio. Así es que, entre esta devoción por

(1) Escribimos este nombre con la ortografía usual en Cataluña, aunque San Ignacio escribía *Roser*, y el P. Nadal, traduciéndolo al latín, lo transformó en *Rossera*. (*Epist. P. Nadal*, t. I, p. 22.)

(2) Cámara, *Ibid.*, c. v.

(3) *Ad sacum non judicavit esse redeundum*, Polanco, *Ibid.*, p. 32.

(4) Así lo testifica en los procesos una hija de Juan Pascual: «*Tantus erat amor illius [Ignatii] erga pauperes, ut oblivisceretur propriae sustentationis, et id modicum quod comederat erat ad meram importunitatem aviae ipsius testis. Ita devenerat ad tantam debilitatem, quod praedicta Agnes monuerat suum confessorem, ut praeciperet ei quod comederet. prout de facto praeceperat, ut comederet in mensa aviae et patris ipsius testis.*» *Acta Beatif.*, art. 35.

un lado, y la dificultad por otro de aprender á los treinta y tres años aquellas menudencias, apenas adelantaba un paso en las letras. Púsose á examinar despacio este fenómeno, y con la gran luz y experiencia que ya tenía en las cosas espirituales, descubrió bien pronto la treta del demonio, que le quería apartar del estudio, deslumbrándole con aquella falsa devoción.

Para resistir á esta tan porfiada astucia del enemigo, dice el P. Ribadeneira, «vase á su maestro, y ruégale (como el mismo Padre me contó) que se venga con él á la iglesia de Santa María del Mar, que estaba cerca de su casa, y que allí le oiga lo que le quiere decir. Y así le dió cuenta muy por entero de todo lo que pasaba en esta parte por su ánima, y de la tela que le iba urdiendo el demonio, y que para destejerla y deshacerla de todo punto, le empeñaba su palabra y le prometía no faltar ningún día á lección en espacio de los dos primeros años, con que no le faltase pan y agua para pasar aquel día. Y con esto, échase á los pies del maestro, y ruégale una y muchas veces, muy ahincadamente, que muy particularmente le tome á su cargo y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamente como á tal, cada y cuando que le viere flojo y descuidado» (1). ¡Sublime abnegación y humildad, que deshizo en un instante los engaños del enemigo!

Otro acontecimiento estorbó en Barcelona los estudios de Ignacio y aun puso en grave peligro su vida. Supo el santo que ciertos jóvenes de mala vida tenían entrada en el locutorio de un convento de monjas. Deseando con gran celo remediar aquel daño, buscó oportunidad para hablar con las religiosas, y habiéndoles predicado fervorosamente sobre las verdades eternas y las obligaciones del estado religioso, les exhortó á no tener ningún trato con gente tan ruin. Cumplieron ellas el consejo, y cerraron á los jóvenes las puertas del locutorio. Irritáronse ellos sobremanera, y habiendo averiguado quién era la causa de todo, alquiláron dos brutales moriscos, los cuales, esperando un día á Ignacio en las afueras de la ciudad, se arrojaron sobre él y le apalearon cruelmente hasta dejarle por muerto. Un molinero que acertó á pasar por allí le recogió, le echó encima de su mula y le llevó á casa de Inés Pascual. Cincuenta y tres días hubo de estar Ignacio en cama para curarse de tan tremenda paliza. Y nótese el carácter valiente de nuestro santo Padre:

(1) *Vida de S. Ignacio*, l. I, c. XIII.

lo primero que hizo, luego que pudo tenerse en pié, fué volver al monasterio y repetir á las monjas los mismos consejos, y decir las mismas verdades que le habían ocasionado tan grave tribulación (1).

3. En medio de tales trabajos perseveró el santo dos años en Barcelona estudiando la gramática latina. Viéndole regularmente impuesto en ella, le aconsejó su maestro Ardebaló pasar á la universidad de Alcalá para empezar el curso de la filosofía. Ya en Barcelona, se le habían juntado tres compañeros, que se decían Calixto de Sa, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres, de los cuales hablaremos despacio en el capítulo siguiente, aunque ignoramos enteramente el tiempo y el modo con que se verificó la reunión de estos primeros compañeros de Ignacio (2). Siguiendo el dictamen de su buen maestro, dispúsose Ignacio para la partida, y en la primavera de 1526 entró en Alcalá, adonde pronto le siguieron sus tres compañeros de Barcelona (3).

Hospedóse el santo en el humilde hospital de Antezana, y viviendo como solía, de limosna, empezó su curso de filosofía. Florecía entonces la universidad de Alcalá en distinguidos maestros y aplicados estudiantes. Notábase en aquellas aulas cierto brío juvenil, que impelía á maestros y discípulos al estudio, ambicionando para aque-

(1) Este hecho no lo traen, ni Cámara, ni Polanco, ni Ribadeneira en la vida castellana. El principal testimonio que lo comprueba es la relación de Juan Pascual y el proceso de Barcelona, en el cual muchos testigos dan fe del hecho, añadiendo que el principal autor del crimen fué un comerciante llamado Ribera, que después se arrepintió del pecado. Véanse el proceso de Barcelona y los Bolandos, *Acta Sancti. De S. Ign.*, § XII.

(2) Polanco, *Vita P. Ign.*, p. 33.

(3) No podemos precisar el mes, ni menos el día en que entró San Ignacio en Alcalá. El P. Cámara, cuyos datos cronológicos son á menudo bastante vagos, dice estas palabras: «Estudió en Alcalá casi año y medio, y porque el año de 24, en la cuaresma, llegó á Barcelona, en la cual estudió dos años, el año de 26 llegó á Alcalá.» En el primer proceso formado contra San Ignacio, uno de los testigos, preguntado «qué tanto tiempo ha que están en esta villa los susodichos», responde que «el Íñigo, y el Calixto podrá haber cuatro meses que están aquí.» Esta declaración se dió el 19 de noviembre de 1526. Según ella, habría entrado San Ignacio en Alcalá á mediados de julio; pero como el dicho es algo indeciso y lato, no permite precisar mucho el tiempo de la llegada. Por otra parte, consta que el santo salió de Alcalá en el verano de 1527. Si suponemos que llegó en la primavera de 1526, podremos concordar el dicho del testigo con el del P. Cámara. Efectivamente, con esta suposición se satisface á la expresión vaga de *como cuatro meses*, usada por el testigo, y se explica el *cuasi año y medio* del P. Cámara, porque de este modo habría alcanzado Ignacio parte del año escolar de 1525 á 1526 y todo el año escolar de 1526 á 1527. Polanco (*Ibid.*, p. 37) dice que Ignacio estuvo en Alcalá siete meses; pero es error manifiesto, como se prueba por los procesos.

lla universidad un puesto distinguido entre todas las universidades europeas. Sólo contaba diez y ocho años de vida, pues el ilustre cardenal Jiménez de Cisneros la había abierto el 25 de julio de 1508. Había llevado para esto algunos maestros muy escogidos. Entre ellos, el Dr. Pedro Ciruelo ocupó la cátedra de teología tomística; el franciscano Fr. Clemente debía enseñar la teología de Escoto. La lógica y filosofía estaban á cargo de Miguel Pardo de Burgos y de Antonio de Morales. El griego lo enseñaba Demetrio Cretense; el hebreo, Pablo Coronel (1). En torno de estos y otros célebres maestros se agrupaba una juventud escolar alegre y bulliciosa, tan diestra en manejar el silogismo como la espada, y que había concurrido á Alcalá con el aliciente de los grandes privilegios que había obtenido para la universidad su generoso fundador.

Luego que llegó nuestro santo Padre á este centro universitario, empezó á estudiar, según dice el P. Cámara, «términos de Soto y física de Alberto y el Maestro de las Sentencias» (2). Esto quiere decir, que empezó á cursar á la vez tres cosas bastante distintas, cuales son: la dialéctica ó preparación para la filosofía; la filosofía, una de cuyas partes se consideraba entonces la física, y la teología, que se estudiaba muy comúnmente por los libros de Pedro Lombardo, llamado vulgarmente el Maestro de las Sentencias. Muchas cosas abarcó á la vez nuestro santo Padre, para que pudiera salir aventajado en ninguna. Ignoramos absolutamente quiénes fueron sus maestros, y cuanto fué lo que aprendió en Alcalá. Todas las noticias que tenemos sobre el santo en esta ciudad, se refieren á las obras de virtud que practicó y á las persecuciones que ellas le ocasionaron. Efectivamente, luego que se instaló en Alcalá, empezó, como en Barcelona, á hacer bien á los prójimos, ya con avisos espirituales, ya con el socorro de limosnas que para esto pedía á las personas acomodadas. Imitaban su proceder los tres compañeros que se le habían juntado en Barcelona, y otro jovencito francés, llamado Juan Reinalde, que se les allegó en Alcalá. Todos cinco vestían cierto género de sayal toseco y grosero, que les valió el apodo de *los ensayalados* (3). Causó viva impresión en todo Alcalá, así su modo de vivir, como las mudanzas de vida que producían con su santa conversación. Algunos los elogiaban como á hombres santos. Otros, en cam-

(1) Pueden consultarse: La Fuente, *Historia de las Universidades*, t. II, c. XI, y Azaña, *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares*, l. I, c. XII.  
(2) *Ibid.*, c. v.—(3) Polanco, *Sumario de la vida, etc.*

bio, se recataban de ellos; y como aquel tiempo era de tantas herejías y novedades, no faltó quien denunciase á la Inquisición el nombre de Ignacio, como de sectario oculto y peligroso. Los inquisidores de Toledo comisionaron al licenciado Alonso de Mejía y al Dr. Carrasco, de Alcalá, para que examinasen aquel negocio.

4. El 19 de Noviembre de 1526, Mejía y Carrasco abrieron proceso sobre la vida y costumbres de Ignacio y sus compañeros (1). Citaron á Fr. Hernando Rubio, franciscano; á Beatriz Ramírez; á María, mujer del hospitalero Julián Martínez, y á este mismo hospitalero. Preguntáronles todo lo que sabían acerca de aquellos jóvenes ensayalados. El objeto de esta pesquisa era verificar si eran fundadas ciertas sospechas que habían concebido algunas personas. Porque como varias mujeres honradas acudiesen al hospital de Antezana, donde vivía Ignacio, para escuchar sus prudentes consejos, habían temido algunos no se ocultase en aquella conversación con mujeres alguna profunda inmoralidad. Informáronse despacio Carrasco y Mejía, y no descubrieron lo más mínimo contra la vida y costumbres de los ensayalados (2). Contentáronse, pues, con lo hecho, y sin citar siquiera á San Ignacio, encargaron al vicario de Alcalá Juan de Figueroa que estuviese á la mira, por si acaso brotaba algún daño de aquella novedad.

Cumplió el vicario su oficio y no perdió de vista á Ignacio y sus compañeros. Por de pronto les mandó que no anduviesen con el mismo hábito los cinco, sino que se conformasen con el hábito común que los clérigos ó legos usaban en Castilla (3). Obedeció el Santo y tiñó de negro su ropa y la de uno de sus compañeros, y de leonado la de otros dos, quedándose el quinto con su vestido pardo. Otro día opinó Figueroa que Ignacio no debía andar descalzo, y el santo se puso zapatos. En medio de tantas pesquisas, «es de notar, dice el P. Polanco, la libertad que Dios daba entonces á Íñigo, y el poco respeto que tenía á persona ninguna, si no es cuando según Dios le era obligado: que habiendo estado muy paciente á todas las

(1) Todo lo que vamos á decir se funda en los procesos mismos que se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid, y fueron publicados por el P. Fidel Fita en 1898, *Boletín de la Acad. de la Hist.*, t. xxxiii, p. 431. Otra edición de este proceso había hecho en 1895 el Sr. Serrano y Sanz, pero tomándola de una copia defectuosa.

(2) Véanse las respuestas de los testigos en el *Boletín de la Acad. de la Hist.* t. xxxiii, pp. 431-441.

(3) Este mandamiento se dió el 21 de Noviembre de 1526. (*Ibid.*, p. 440.)